

*Las notas que siguen son consecuencia de la amigable insistencia de Alberto Monteagudo.*

*Mi impertinente retraso se debe a mi poca condición de escritor y a mi convicción de que no está bien repetir mal lo que ya ha dicho muy bien quien podía decirlo y a que no me gustaría distraer de lo sustancial contestando ensimismado a lo que nadie pregunta. El margen que aún queda es grande, pero mi limitación lo ha reducido a unas obviedades que, a mi entender, sería de desear no fuesen obviadas.*

Observando el día, me parece ver un resumen de toda la Historia. Por la mañana sale el sol y a medida que se va elevando, su luz va avanzando sobre la tierra, lenta pero inexorablemente, invadiéndolo todo. Todo continúa siendo lo mismo, pero ahora está iluminado. Con la luz a las cosas les llega su posibilidad de ser. Agradezco a Dios haber visto amanecer, sabiendo que tarde o temprano, Él hace salir el sol sobre buenos y malos.

Muchos artistas se han sentido atraídos por las fronteras, estos espacios donde se produce un cambio. No tan sólo un cambio de país, raza o cultura, sino también donde cambia la calidad de la materia, del sonido o del color. Hay una línea cambiante en el avance imparable de la luz que desplaza a la tiniebla, y en esta línea van apareciendo relieves y texturas. El misterio de la calidad.

La penumbra es una frontera indefinida. La transición entre trigo y cizaña tampoco es una línea precisa. No creo que el lugar de los cristianos sea la región iluminada de los bienaventurados, trabajando en su proceso de beatificación.

Yo estoy aún en la frontera, en este trigal donde aquí y allá florece alguna hierba extraña y donde reaparece alguna otra conocida. Pero este es mi terreno y aquí me encuentro en mi sitio. Hasta creería que la frontera es el lugar propio del seglar. De un seglar en la Iglesia que podría ser un seglar en la frontera.

\* \* \*

En marzo de 1955, al principio de una estancia en Mallorca, cumpliendo el periodo de prácticas de las Milicias Universitarias, asistí a un cursillo. Hasta entonces yo no había sentido interés por nada parecido, y después de aquel impacto inicial viví los meses que permanecí en Palma, en un ambiente de fervor cristiano totalmente nuevo para mí.

A mi regreso a Terrassa, mi ciudad de origen, me encontré por un lado con unos cursillistas llenos de entusiasmo, y por otro con los amigos de toda la vida, a quienes ahora tenía algo importante que comunicar. Aquel grupo primigenio creció con fuerza, creando un ambiente variopinto, de una vitalidad desbordante, jubiloso y abierto, donde fuí conociendo personas inolvidables. Hubo particularmente dos, con quienes iniciamos una amistad que fué madurando a lo largo de los más de treinta años que siguieron, hasta el momento de su muerte.

Uno era Ramon Bassiner, vidriero de profesión, y el otro era Damián Vidal, que dirigía un Instituto de Enseñanza. Aunque eran muy

distintos, coincidían en sus principales aspiraciones, y en su admiración por la persona y el pensamiento de Eduardo Bonnín.

Ramón había conocido a Eduardo años atrás. Entonces Bassiner era un joven militante de Acción Católica, y el buen entendimiento existente entre las Asociaciones de Terrassa y de Mallorca de aquel tiempo, había propiciado ya en 1946, un cursillo de dirigentes en el que Eduardo había desarrollado su *Estudio del Ambiente*. Ramón guardaba una impresión imborrable de aquella relación que había ido cultivando mas o menos asiduamente por carta.

Damián, que era natural de Menorca, era una persona sorprendente, muy activo y con una humanidad que le conectaba con todo el mundo. También había militado desde su juventud en la Acción Católica, y después del cursillo que había hecho en Sa Pobla, en Mallorca, su norte era un seguimiento sin medias tintas del Señor, que traducía en una vivencia del Evangelio, conforme a la mentalidad del cursillo. Mentalidad que entre todos intentábamos aclarar y profundizar con pasión.

Yo me sentía muy bien con Damián y con Ramón, aunque consciente de estar lejos de la entrega ilustrada y quijotesca de Damián, y de no acercarme a las profundas y a veces abstrusas a primera vista, pero siempre lúcidas intuiciones de Ramón.

Al principio yo pensaba que ser cursillista era mas sencillo, pero después fueron llegando los contactos y las reuniones con gente que ya sabía de qué iba. Y parecía que a algunos no les gustaba lo que hacían los que hacían cosas queriéndolas hacer. Aún hoy me cuesta comprender porqué personas que parecen serias, andan metidas en intrigas tontas.

Naturalmente, Damián y Ramón influyeron mucho en mí y en mi familia, y seguramente también en los que alguna vez me han confiado algún rollo mas o menos comprometido valorándome por los reflejos de aquella amistad. Y ha sido así cómo he soltado *verdades oportunas en el momento adecuado*, cómo propias, pero muchas veces pensadas por Eduardo, o explicitadas en la vida por unos extraordinarios amigos.

Tenía también - y aún tengo, gracias a Dios, cómo creo que tiene mucha gente, a no ser que habite en la región de los bienaventurados - otras amistades, en otros ambientes, y me había interesado por muchas cosas.

De joven había visto el color del cielo desde algunas cumbres, y sabía que era distinto al que veía desde la ciudad, donde el polvo que yo mismo producía y levantaba, lo agrisaba todo.

Había aprendido que el buen pescador de truchas disimula su presencia, y por ello no pesca de espaldas al sol, para no ahuyentar a los peces con su sombra.

Me había asombrado con los prodigiosos ojos de las libélulas, con sus miles de facetas y sus maravillosos colores.

Aprendí de un gran músico una cosa que se da a menudo por sabida. Que la música sale del corazón del hombre, mas que del instrumento. Pero sólo un proceso inteligente y disciplinado, logra hacer vibrar otros corazones.

Y aún siento la magia de esta foto que convierte lo efímero en permanente, que me muestra la belleza de lo cotidiano, me ayuda a ver que

lo vivo es cambiante, y que en realidad todo lo veo por primera vez cuando lo observo con la mirada limpia, propia y nueva.

Todas estas impresiones y otras, habían dejado en mi una huella inseparable de las personas con quienes las había compartido, mi mujer, mis hijos y mis amigos. De unos quedaba en mi la impronta de su sensibilidad, de otros su sentido de la realidad o del humor, y de todos una amistad sin adjetivos.

Y así, si por un lado había encontrado a unos cristianos con quienes iba siendo amigo, buena parte de mis amigos asistieron a cursillos.

Sería falso pensar que los *ya cristianos*, estaban segregados del mundo, pero hay inquietudes que se dan donde se dan – donde hay gente que se inquieta por *aquello* – y para mí ha sido normal, y cómo tal importante, mantener la amistad con los amigos que no han dejado de serlo, algunas veces *a pesar de*. Y mas cuando los ambientes donde coincidimos, propician continuamente el nacimiento de nuevas amistades.

Podría resumirlo todo, diciendo que la amistad ha sido fundamental para mí, como persona y como cristiano. A los amigos los he conocido en su realidad – yo también necesito ser conocido en la mía – y el testimonio que han dado cuando no pretendían dar ningún testimonio, casi siempre lo han dado en el lado sombreado de la vida, cuando las dificultades inevitables que irrumpen en lo cotidiano, han hecho aflorar una densidad humana enmarcada con la grandeza de lo real.

De hecho, cuando no hay amistad, todo se complica. La relación sujeto/objeto no tiene nada que ver con la amistad.

Amar *a cambio de*, no es amar, es un negocio que se confirma cuando se abandona al otro si no se consigue convencerle. O cuando se plantean los precursillos como los comisionistas; uno hace el pedido, y la empresa ya se encargará del resto.

Cuando la amistad se simula, o se *puntea* para ir legítimamente directos *a lo que interesa*, es posible que la asistencia de las personas preocupe mas que la existencia de las personas. No se si esto es cambiar la mentalidad por la ideología, pero mi corta experiencia en lós píos, me lleva a pensar si no será este el desvío donde se descaminan las personas bienintencionadas que se dedican en solitario a liderar obras que son amores, utilizando los cursillos.

Nuestra Ultraya que entre otras cosas, ha soportado divisiones, no es ahora muy numerosa. Uno de los temas recurrentes de preocupación, es cómo salvar la distancia que parece separarnos de nuestros compañeros de estudio, de trabajo o de diversión. Aquellos que identifican fácilmente *cristiano* con mero *especialista de lo religioso*. Es cierto que este título se puede atribuir gratuitamente, pero también puede ser ganado a pulso, y la cuestión no es ya si es bueno o malo, sino el hecho de que se trata de una especialidad que no se lleva. Hay que tener en cuenta que visto desde fuera, un acto que se celebra en la parroquia - aunque se llame *Ultraya*- es parroquial. Y que los de dentro son los que distinguen eclesial de eclesiástico y los

que saben que el seglar es un cristiano *todoterreno*, mientras que los de fuera nos ven circular por los circuitos *todocristianos*.

Entiendo que el rollo de *Dirigentes* dice – entre otras cosas – que en la persona lo sobrenatural precisa el soporte de lo natural, y que esto se desvirtuaría si el cristiano se interesase mas por su proceso de beatificación que por su proceso de personalización.

El hombre es ante todo persona.

El hombre va personificando el amor y el amor va personalizando al hombre. Creo que Jesús es el Amor de Dios encarnado, no la personificación del autodomínio. Yo que tiendo a querer controlar tantas cosas, incluida la fe, quedo profundamente impresionado por la disponibilidad de Jesús. Dado que a mi me cuesta tanto olvidarme de mí mismo, Dios me va regalando al prójimo que se cuida de ocuparme, cuando estoy atento en el encuentro . El programa me parece claro: Jesús se tomaba en serio a las personas que encontraba en el camino.

Hay una imagen que me gusta recordar. Al caer de la tarde de un día de invierno, atravieso en coche un pequeño pueblo de casas diseminadas. Algunos ancianos están sentados a la puerta de su vivienda, calentándose con los últimos rayos de sol. Si me detengo, y me dirijo a uno de ellos preguntándole amigablemente qué camino tengo que tomar para coger la carretera de la ciudad, le he dicho implícitamente: “ Tú sabes algo que yo no sé, y que necesito saber”, lo cual deja bien claro que él es importante para mí. Esto está muy bien que él lo sepa, pero tal vez esté mejor que yo lo crea. Es muy probable que si yo no denoto prisa, mi reconocimiento anime su voluntad de compartir mas cosas. Que distinto habría sido decirle: “ Yo sé algo que tú no sabes y te lo voy a contar, te interese o no”.

La amistad me va descubriendo que puedo amar a los demás tal y como ellos se merecen ser amados, aún cuando este *como* no coincida siempre ni con mis gustos, ni con normas trabajosamente aceptadas y esforzadamente divulgadas. Cada día puedo aprender algo nuevo, por ejemplo aprender a desaprender lo que ya no sirve, precisamente ahora que ya me lo había aprendido, y seguramente por esto ya no sirve. O bien ir aprendiendo que los demás, a veces parecen cerrar el paso, y en realidad están señalando un camino mejor.

Ramon Armengol Rodó  
Febrero 2003